

Joaquín Lera

SIN RED EN LA RED



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN BERBIQUÍ DE POESÍA, n°25—

MADRID • MMXX

De la obra © JOAQUÍN LERA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

De los prólogos © GIOVANNA BENEDETTI e IGNACIO DEL VALLE

Ilustración en página 15 © JOAQUÍN LERA

Retrato del autor en solapa © FRANK STEVENS

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Enero 2020

I.S.B.N: 978-84-121309-6-6

Depósito legal: M-39029-2019

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Prólogo

LA MÚSICA QUE HABITA EN EL SILENCIO

Por Giovanna Benedetti

Poeta, ensayista y narradora

Premio Nacional de Literatura de Panamá

Nada define mejor el mundo poético de Joaquín Lera que esos paisajes en los que consigue un asombro equilibrado. Espacios muy ondulados que se recortan en sombra, mientras su voz se enreda en sus redes y va levantando refugios. Y es difícil abstenerse de esa respiración melódica que anota todo su texto. Joaquín es músico —un músico muy literario— y en la cadencia de sus versos se esconden múltiples sonidos.

Un buen poemario funciona como un disparador de esquemas: propone figuras retóricas, invoca una variedad de símbolos, mientras le ofrece al lector una ruta para comparar sus extrañezas. *Sin red en la red* soporta en su interior este gran reto... y lo resuelve sin trampas; con elegancia, verso a verso.

Como si hubiese encontrado la vía para tamizar sus emociones, Joaquín Lera juega con sus monstruos y

nos ubica en su tejido. Los ruidos, los silencios, las alegrías, los temores, el amor y sus espectros se balancean buscando apoyos; revolviendo los viejos mitos y perforando la última frontera de la red global que atraviesa la espina dorsal del siglo. Y allí, en el cruce de las vueltas que traen los nuevos escenarios, el libro se nos presenta como una invitación al laberinto.

Cauteloso y lleno de incógnitas, Joaquín Lera nos regala su mirada más concéntrica: *Hoy toca regresar a la armonía —dice— contemplar como caen las hojas de los árboles. / Los placeres mundanos distorsionan los sentidos.* Y continúa interrogándose acerca de cuestiones esenciales, en un claro encubrimiento de sus visiones más furtivas.

Tal vez, lo que el poeta hace aquí es detectar el embate de las palabras cotidianas frente a los nuevos símbolos; comparando sus gestos, sus insignias y sus fórmulas; quién sabe si para entrever un orden más abstracto y esencial. *Hay miles de caminos nuevos / abiertos a otras posibilidades...* explica el bardo, y en versos como estos da quizás la pista de sus últimos temores:

*Tengo miedo
a no reconocirme.
Encenderé una antorcha
para seguir avanzando.
La oscuridad siempre da paso a la luz.
Sigue hurgando en tu interior y hallarás el camino.*

La obra entera se caracteriza por la sustitución de las relaciones causales por las contingencias sin motivo; pero también por la ironía, la teatralidad y la amplificación humorística. Hay momentos esenciales, como este:

*Llegó la hora de cuidarse.
Sin agredir a la mente,
sin acciones violentas,
sin discursos que despierten a la bestia.*

*Solo entonces encontraremos el camino
que nos lleve al verdadero hogar.*

Me lo ha dicho la lluvia.

Una buena cantidad de cosas parecen excepcionales en la estructura de este poemario. El cuestionamiento de la representatividad del mundo y el de los límites entre el mundo real y el virtual. La utilización de nuevas grafías (como la @, qué no es una letra sino un signo...), o la reducción de algunos poemas a su mínima expresión, cercana al aforismo, al Haiku y al epígrafe, le dan al libro una señal de identidad a la vez insólita y transformista.

Sin red en la red parece tener como tema la superación de todas las dificultades para seguir confiando en los sueños. Las frases, los instintos, los temores, las

alegrías e ilusiones se nos van entrelazando en una danza de piruetas. Al mismo tiempo, el erotismo, entre gesto y verso, no es aquí subliminal sino elocuente, y hasta puede seguirse como hilo que guía los poemas.

*Pedalear con las piernas del aire,
atravesando montañas de nubes,
contigo abrazada a mi pecho.*

*Aventurarse,
quitarle los grilletes a la mente;
y volar.*

Amar como única misión.

El poemario invita al diálogo, a confrontar alternativas, en una astuta sinfonía de ambigüedades y matices. Estos registros nos recuerdan aquello que persiste: la música y sus modulaciones, el modo melódico de ocupar el espacio literario, las expresiones, las reacciones que vuelven cuando el poeta decide finalmente reflejarse:

*El niño que llevas dentro volverá a sonreír.
Y te verás a ti mismo en las hojas de los árboles,
en la hierba, en el río...*

*Hay muchos peces de colores esperándote.
Mantén la calma y vuélvete a querer.*

*Dile con los dedos al piano que quieres ser su amigo.
Ya verás como empiezan a salir las melodías.*

A primera vista, el título no puede ser más explícito: *Sin red en la red* invoca a ese continuo espacio-tiempo que, a raíz de las nuevas tecnologías, se ha tomado por asalto el mundo. *Tengo el estómago lleno de mensajes*, explica Lera, y ante tanto desamparo e inclinaciones individualistas, se evidencia una doble preocupación por parte del poeta. Por un lado, el afán de autoconocimiento, de responder al quiénes somos (*Tenemos la extraña manía de sufrir / mientras la vida se escapa entre los dedos*) y de otra parte, el impulso a realizarse, de encontrarse, por fin, consigo mismo; de lograr una apacible estimación tanto corpórea como mental.

Al final, de lo único que no podrá escabullirse este propiciador de ensueños y escarmientos, es de su propia naturaleza creativa. Y es que si hay algo —dice en una estrofa memorable— *de lo que no puedo prescindir / es de la música que habita en el silencio*.

San Lorenzo de El Escorial, Madrid. 3 de junio de 2019

Prólogo

EL EQUILIBRISTA

Por Ignacio del Valle

Escritor y periodista

Premio de la Crítica de Asturias 2010

Premio Buenos Aires Negro 2016

Índigo mar; Pez de Plata 2017

Fluir. Ese es el mantra de Joaquín Lera. Después de morir muchas veces, Joaquín busca desembarazarse de las máscaras para poder ver su verdadero rostro. En sus poemas hay honestidad, una búsqueda de la verdad más allá de las apariencias, una experiencia mística que es consciente de que la vida, con toda su generosidad e ira, su nobleza y su resentimiento, hay que experimentarla toda. Como dice Goethe, fluido vital y al mismo tiempo objeto eterno, no hay nada inerte o insensible en el mundo, todo está despierto, y debemos estar atentos a esa comunión, porque la delicadeza es solo para los elegidos. Joaquín Lera contempla la realidad no como materia, sino como acontecimiento, encrucijada, encuentro, porque ni siquiera dios sabe hacia dónde se

dirige el universo, se hace camino al andar, hay una perpetua creación, puedes ser viejecita, amigo, amante, monstruo, agua, camarero, llama, rizo de tu pelo... nirvana, abrazo, luz, cartón... Aleluya, exclama Leonard Cohen. Aleluya, responde Joaquín. Que quede entre nosotros. Que se entere todo el mundo. Cuando el Barquero le pida una moneda para cruzar al otro lado, Joaquín le responderá que los poetas vitalistas no pagan dinero, y que todavía no le apetece picar en las puertas del cielo. The show must go on, el milagro es caminar, el sístole y el diástole de cada día, la sincronización con lo íntimo de las cosas, el esfuerzo creador, una aventura radical y libre, el arte de la emoción. Somos máquinas de hacer dioses, gritaba Bergson, fluyamos repite Joaquín, cada uno de nosotros somos el escenario de un drama cósmico, y hay otra realidad más allá de este sufrimiento. No se trata de poseer una destreza dialéctica ni una aplicación técnica, se trata de amar, esa es la clave, lo que determina nuestro modo de estar en el mundo. Fluir, el flujo eterno de la poesía, esa sensación de asombro suscitada por este poeta, quien lea este libro leerá a un hombre, a todos los hombres. Porque la solución al enigma de la vida no es una frase o una ecuación, sino un beso, un abrazo. Ha llegado la hora de cuidar de nosotros mismos, de cuidar de los demás. Aleluya, grita Leonard Cohen. Aleluya responde Joaquín. Aleluya, díganlo ustedes. Aleluya. Aleluya. Aleluya.

SIN RED
EN LA RED



Qui heia

Contemplando cada segundo
como si fuera un iluminado
mientras la incertidumbre contagia a la belleza.

Quedarme extasiado en el musgo de tus ojos.
Sin medrar.
Como las hojas,
cubiertas por el manto de las primeras nieves.

Resbalar como un niño dormido
sobre la corteza de un árbol sagrado.
Y despertar a la luna.
Despertar,
cuando pensabas que jamás ocurriría el milagro
de amar y ser amado sin dobleces.

Ensimismado.
Sin ira, sin egos, sin apegos...
Despertar eternamente.

A salvo.

Abanicos de ternura navegan por el aire
cada vez que te recuerdo.

Las mareas del olvido
nunca inundan nuestra orilla,
ni las huellas del misterio
que amamantan estos versos.

No hay nube que haga sombra
al amor de tu silencio,
ni secreto que desborde
el faro cristalino donde anidan
las aves que transitan los mares del deseo.

Te siento
tan dentro...
que no cabe un átomo de asombro.

Y es tanto el gozo...
que la duda se sonroja ante mí
como el más puro amor ante un claro de luna.

Pedalear con las piernas del aire,
atravesando montañas de nubes,
contigo abrazada a mi pecho.

Aventurarse,
quitarle los grilletes a la mente;
y volar.

Amar como única misión.

Quiso meterme en la jaula
donde encierran a los búhos.
Pero como era uno de ellos lo hipnoticé.
Él mismo abrió la verja para dejarlos libres.

Al despertar, era él quien estaba enjaulado,
y los búhos ya no estaban.
Entonces se dio cuenta
de lo que significa la palabra libertad.

Si hay algo de lo que no puedo prescindir
es de la música que habita en el silencio.

No es un secreto. Tampoco es un cuento.
Saber el principio del fin no es un consuelo.
Pero tengo muy claro a dónde voy...

Pedaleando; en busca de mi bicicleta.

Ojalá hubiera tenido la mente iluminada
y la marea no hubiera subido aquella tarde
en la que perdí el sendero del alma.

Hoy toca regresar a la armonía.
y contemplar cómo caen las hojas de los árboles.
Los placeres mundanos distorsionan los sentidos.

Ojalá vuelva el viento a mecer mi pelo plateado
y dejen de perseguirme los recuerdos
que atraviesan como balas el umbral de la memoria.